

Teodoro Reding, grato á la opinion popular. Poco á poco recobró la autoridad su fuerza, la junta se trasladó á Tortosa, y el nuevo general con actividad y celo empezó á arreglar el ejército, á la sazón descompuesto é insubordinado. Todo anunciaba mejora, mas todo se malogró, como veremos despues por la fatal manía de dar batallas, y tambien por el laudable deseo de socorrer á Zaragoza.

Segundo sitio de Zaragoza.  
2a.

Preparativo de defensa.

Esta ciudad, si bien ilustró su nombre en el primer sitio, ahora le engrandeció en el segundo, perpetuándole con nuevas proezas y con su imperturbable constancia, en medio de padecimientos y angustias. Situada no léjos de la frontera de Francia, temióse contra ella ya en septiembre un nuevo y mas terrible acometimiento. Palafox, como general advertido, aprestóse á repelerle, fortificando con esmero y en cuanto se podia poblacion tan extensa y descubierta. Encargó la direccion de las obras á Don Antonio San Genis, ya célebre por lo que trabajó en el primer sitio. El tiempo y los medios no permitian convertir á Zaragoza en plaza respetable. Hubo varios planes para fortalecerla: adoptóse como mas fácil el de una fortificacion provisional, aprovechándose de los edificios que habia en su recinto. Por la márgen derecha del Ebro se recompu-so y mejoró el castillo de la Aljaferia, estableciendo comunicacion con el Portillo por medio de una doble caponera, y asegurando bastantemente la defensa hasta la puerta de Sancho. Del otro lado del castillo hasta el puente de Huerva se habian forti-

ficado los conventos intermedios, se habia levantado un terraplen revestido de piedra, abierto en partes un foso y construido en el mismo puente un reducto que se denominó del Pilar. De allí un atrincheramiento doble se extendia al monasterio de Santa Engracia, cuyas ruinas se habian grandemente fortalecido. En seguida y hasta el Ebro defendian la ciudad varias obras y baterias, no habiéndose descuidado fortificar el convento de San José, que situado á la derecha de Huerva descubria los ataques del enemigo, y protegia las salidas de los sitiados. En el monte Torrero solo se levantó un atrincheramiento, no creyendo el puesto susceptible de larga resistencia. Por la ribera izquierda del Ebro se resguardó el arrabal con reductos y flechas, revestidos de ladrilló ó adove, haciendo ademas cortaduras en las calles y aspillerando las casas. Otro tanto se practicó en la ciudad, tapiando los pisos bajos, atronerando los otros y abriendo comunicaciones por las paredes medianeras. Las quintas y edificios, los jardines y los árboles que en derredor del recinto quedaban aun en pié despues de los destrozos del primer sitio, se arrasaron para despejar los contornos. Todos los moradores á porfia y con afanado abinco coadyuvaron á la pronta conclusion de los trabajos emprendidos.

La artilleria no era en general de grueso calibre. Habia unas 60 piezas de á 16 y 24, sacadas por la mayor parte del canal en donde los franceses las habian arrojado: apenas se hizo uso de los mor-

teros por falta de bombas. Se reservaban en los almacenes provisiones suficientes para alimentar 15,000 hombres durante seis meses; cada vecino tenia un acopio particular para su casa, y los conventos muchas y considerables vituallas. En un principio no se contaba para la defensa sino con 14 ó 15,000 hombres: aumentáronse hasta 28,000 con los dispersos de Tudela que se incorporaron á la guarnicion. Era segundo de Palafox Don Felipe Saint-March; mandaba la artillería el general Villalba, y los ingenieros el coronel San Genis. Componiase la caballería de 1400 hombres á las órdenes del general Butron.

Disposiciones de los franceses.

Los franceses despues de la batalla de Tudela tambien se preparaban por su parte á comenzar el sitio, reuniendo en Alagon las tropas y medios necesarios. El mariscal Moncey aguardaba allí con el tercer cuerpo la llegada del quinto que mandaba el mariscal Mortier, destinados ambos á aquel objeto, y ascendiendo sus fuerzas reunidas á 35,000 hombres, sin contar con seis compañías de artillería, ocho de zapadores y tres de minadores que se agregaron. Mandaba la primera el general Dedon, y los ingenieros el general Lacoste. A todos y en gefe debía capitanear el mariscal Lannes, que por indisposicion se detuvo algunos dias en Tudela.

Preséntanse delante de Zaragoza.

Unidos en Alagon el 19 de diciembre los mencionados tercero y quinto cuerpo, presentáronse el 20 delante de Zaragoza, uno por la ribera derecha del Ebro, otro por la izquierda. Antes de for-

malizar el sitio pensó el mariscal Moncey, general en gefe por ausencia de Lannes, en apoderarse del monte Torrero, que resguardaba con 5000 hombres Don Felipe Saint-March. Para ello al amanecer del 21 coronaron sus tropas las alturas que dominan aquel sitio, al mismo tiempo que distraiendo la atencion por nuestra izquierda, se enseñorearon por la derecha, del puente de la Muela y de la Casa-Blanca. Desde allí flanquearon la batería de Buena-Vista, en la que volándose un repuesto de granadas con una arrojada por los enemigos, causó desórden y obligó á los nuestros á abandonar el puesto. Entónces Saint-March descubierto por su derecha, pegó fuego en Torrero al puente de América, y se replegó al reducto del Pilar, en donde repelidos los enemigos tuvieron que hacer alto. De mal pronóstico era para la defensa de Zaragoza la pérdida de Torrero: en el anterior sitio igual hecho habia costado la vida al oficial Falcó: en el actual avínole bien á Saint-March para no ser perseguido la particular proteccion de Palafox.

El Mariscal Moncey se apodera del monte Torrero.

Compensóse en algo este golpe con lo acaecido en el Arrabal el mismo dia. Queriendo tomarle el general Gazan, empezó por acometer á los suizos del ejército español que estaban en el camino de Villamayor: superior en número los obligó á retirarse á la torre del Arzobispo, en donde si bien se defendieron con el mayor valor, dándoles ejemplo su gefe Don Adriano Walker, quedaron allí los mas muertos ó prisioneros. Animados los franceses em-

Son rechazados los franceses en el Arrabal.

bistieron tres de las baterías del Arrabal, en cuyo parage mandaba Don José Manso. Durante cinco horas persistieron en sus acometidas. Infructuosamente llegaron algunos hasta el pié de los cañones del Rastro y el Tejar. El coronel de artillería Don Manuel Velasco que dirigia los fuegos, cubrióse aquel dia de gloria por su acierto y bizarra serenidad. Mucho igualmente influyó con su presencia Don José de Palafox, que acudia adonde mayor peligro amagaba. El éxito fué muy feliz para los españoles, y el haber sido rechazado el enemigo, así en este como en otros puntos, comunicó aliento á los aragoneses, y convenció al frances que tampoco en esta ocasion seria ganada de rebote la ciudad de Zaragoza. Por eso recurrió igualmente el mariscal Moncey á la via de la negociacion; mas Palafox desechó su propuesta con ánimo levantado y arrogante.<sup>1</sup>

Intimacion á la plaza.

[1 Ap.n. 4.]

Bloqueo y ataques que preparan los franceses.

Los franceses trataron entónces de establecer un riguroso bloqueo. Del lado del Arrabal el general Gazan inundó el terreno para impedir las salidas de los sitiados, los cuales el 25 al mando de Don Juan Oneille desalojaron á los enemigos del soto de Mezquita, obligándolos á retirarse hasta las alturas de San Gregorio. Por la derecha del rio propuso el general Lacoste tres ataques, uno contra la Aljafería, y los otros dos contra el puente de Huerva y convento de San José, punto que miraban los enemigos como mas flaco por no haber detras en el recinto de la plaza muro terraplenado.

Empezaron á abrir la trinchera en la noche del 29 al 30 de diciembre.

Notando los españoles que avanzaban los trabajos de los sitiadores, se dispusieron el 31 á hacer una salida mandada por el brigadier Don Fernando Gomez de Butron. Fingióse un ataque en todo lo largo de la línea, enderezándose nuestra gente á acometer la izquierda enemiga. Mas advertido Butron de que por la llanura que se extiende delante de la puerta de Sancho se adelantaba una columna francesa, prontamente revolvió sobre ella, y dándole una carga con la caballería, la arrolló y cogió 200 prisioneros. Palafox, para estimular á la demas tropa, y borrar la funesta impresion que pudieran causar las tristes noticias del resto de España, recompensó á los soldados de Butron con el distintivo de una cruz encarnada.

Salida del general Butron.

El 1.º de enero reemplazó en el mando en gefe al mariscal Moncey el general Junot, duque de Abrantes. En aquel dia los sitiadores, para adelantarse, salieron de las paralelas de derecha y centro, perdiendo mucha gente, y el mariscal Mortier, disgustado del nombramiento de Junot, partió para Calatayud con la division del general Suchet, lo cual disminuyó momentáneamente las fuerza de los franceses.

Reemplaza Junot á Moncey.

Salto Mortier para Calatayud.

Estos, habiendo establecido el 9 ocho baterías, empezaron en la mañana del 10 el bombardeo, y á batar en brecha el reducto del Pilar y el convento de San José, que aunque bien defendido por Don Ma-

Emplea el bombardeo.

Ataque contra San José y reducto del Pilar.

Manuela Sancho.  
 riano Renovales, no podia resistir largo tiempo. Era edificio antiguo, con paredes de poco espesor, y que desplomándose, en vez de cubrir dañaban con su caída á los defensores. Hiciéronse sin embargo notables esfuerzos, sobresaliendo en bizarría una muger llamada Manuela Sancho, de edad de veinticuatro años, natural de Plasas en la serranía. El 11 dieron los franceses el asalto, teniendo que emplear en su toma las mismas precauciones que para una obra de primer orden.

Alojados en aquel convento fueron dueños de la hondonada de Huerva, pero no podian avanzar al recinto de la plaza sin enseñorearse del reducto del Pilar, cuyos fuegos los incomodaban por su izquierda. El 11 tambien este punto habia sido atacado con empeño, sin que los franceses alcanzasen su objeto. Mandaba Don Domingo La Ripa, y se señaló con sus acertadas providencias, así como el oficial de ingenieros Don Márcos Simón, y el comandante de la batería Don Francisco Betbezé. Por la noche hicieron los nuestros una salida que difundió el terror en el campo enemigo, hasta que su ejército vuelto en sí y puesto sobre las armas, obligó á la retirada. Arrasado el 15 el reducto, quedando solo escombros, y muertos los mas de los oficiales que le defendian, fué abandonado entre ocho y nueve de la noche, volando al mismo tiempo el puente de Huerva, en que se apoyaba su gola.

Entre este y el Ebro del lado de San José no restaba ya á Zaragoza otra defensa, sino su débil recin-

to y las paredes de sus casas; pero habitadas estas por hombres resueltos á pelear de muerte, allí empezó la resistencia mas vigorosa, mas tenaz y sangrienta.

De la determinacion de defender las casas nació la necesidad de abandonarlas, y de que se agolpase parte de la poblacion á los barrios mas lejanos del ataque, con lo cual crecieron en ellos los apuros y angustias. El bombardeo era espantoso desde el 10, y para guarecerse de él, amontonándose las familias en los sótanos, inficionaban el aire con el aliento de tantos, con la falta de ventilacion, y el continuado arder de luces y leña. De ello provinieron enfermedades que á poco se transformaron en horroroso contagio. Contribuyeron á su propagacion los malos y no renovados alimentos, la zozobra, el temor, la no interrumpida agitacion, las dolorosas nuevas de la muerte del padre, del esposo, del amigo; trabajos que á cada paso martillaban el corazon.

Los franceses continuaron su sobras, concluyendo el 21 la tercera paralela de la derecha, y entónces fijaron el emplazamiento de contrabaterías y baterías de brecha del recinto de la plaza. Procuraban los españoles por su parte molestar alenemigo con salidas, y ejecutando acciones arrojadas, largas de referir.

No solo padecian los franceses con el daño que de dentro de Zaragoza se les hacia, sino que tambien andaban alterados con el temor de que de fuera los atacasen cuadrillas numerosas; y se confir-

Resolucion  
de los mora-  
dores.

Enfermedades y conta-  
gio.

Temores de  
los franceses.

maron en ello con lo acaecido en Alcañiz. Por aquella parte y camino de Tortosa habian destacado para acopiar víveres al general Vatiez con 600 caballos y 1200 infantes. En su ruta fué este molestado por los paisanos y algunos soldados sueltos, en términos, que deseoso de destruirlos, los acosó hasta Alcañiz, en cuyas calles los perseguidos y los moradores defendiéronse con tal denuedo, que para enseñorearse de la poblacion, perdieron los franceses mas de 400 hombres.

Gente que  
perdieron  
en  
Alcañiz.

Acrecentóse su desasosiego con las voces esparcidas de que el marqués de Lazan y Don Francisco Palafox venian al socorro de Zaragoza; voces entónces falsas, pues Lazan estaba léjos en Cataluña, y su hermano Don Francisco, si bien habia pasado á Cuenca á implorar la ayuda del duque del Infantado, no le fué á este lícito condescender con lo que pedía. Daba ocasion al engaño una corta division de 4 á 5000 hombres que Don Felipe Perena, saliendo de Zaragoza, reunió fuera de sus muros, y la cual ocupando á Villafranca, Leciénena y Zuera, recorría la comarca.

Por escasas que fuesen semejantes fuerzas, instaba á los franceses destruirlas: cuando no, podian servir de nucleo á la organizacion de otras mayores. Favoreció á su intento la llegada el 22 de enero del mariscal Lannes. Restablecido de su indisposicion, acudia este á tomar el mando supremo del tercero y quinto cuerpo, que mandados separadamente por gefes entre sí desavenidos, no concurrían á la formacion del sitio con la debida union y

Llegada  
del  
mariscal  
Lan-  
nes.

celericidad. Puesto ahora el poder en una sola mano, notáronse luego sus efectos. Por de pronto ordenó Lannes al mariscal Mortier que de Calatayud volviere con la division del general Suchet, y que con ella y el apoyo de la de Gazan que bloqueaba el Arabal, marchase al encuentro de la gente de Perena, que los franceses creian ser Don Francisco de Palafox. Aquel oficial, dejando hácia Zuera alguna fuerza, replegóse con el resto desde Perdiguera, donde estaba, á nuestra Señora de Magallon. Gente la suya nueva y allegadiza, ahuyentáronla fácilmente los franceses de las cercanias de Zaragoza, y pudieron continuar el sitio sin molestia ni diversion de afuera.

Llama á Mortier.

Dispersa esta  
á Perena.

Redoblando pues su furia contra la ciudad, abrieron espaciosa brecha en su recinto, y ya no les quedaba sino pasar el Huerva para intentar el asalto. Construyeron dos puentes, y en la orilla izquierda dos plazas de armas donde se reuniese la gente necesaria al efecto. Los nuestros, sin dejar de defender algunos puntos aislados que les quedaban fuera, perfeccionaban tambien sus atrincheramientos interiores.

El 27 determinaron los enemigos dar el asalto. Dos brechas practicables se les ofrecian, una enfrente del convento de San José, y otra mas á la derecha cerca de un molino de aceite que ocupaban. En el ataque del centro habian tambien abierto una brecha en el convento de Santa Engracia, y por

Asalto de los  
franceses al recinto de la ciudad.

ella y las otras dos corrieron al asalto en aquel día á las doce de la mañana. La campana de la torre nueva avisó á los sitiados del peligro. Todos á su tañido se atropellaron á las brechas. Por la del molino embistieron los franceses, se encaramaron sin que los detuvieran dos hornillos á que se prendió fuego; mas un atrincheramiento interior y una granizada de balas, metralla y granadas, los forzaron á retirarse, limitándose á coronar con dificultad lo alto de la brecha por medio de un alojamiento. Enfrente de San José, rechazados repetidas veces, consiguieron al fin meterse desde la brecha en una casa contigua, y hubieran pasado adelante á no haberlos contenido la intrepidez de los sitiados. El ataque contra Santa Engracia, si bien al principio ventajoso al enemigo, salióle despues mas caro que los otros. Tomaron en efecto sus soldados aquel monasterio, enseñoreáronse del convento inmediato de las descalzas, y enfilando desde él la larga cortina que iba de Santa Engracia al puente de Huerva obligaron á los españoles á abandonarla. Alentados los franceses con la victoria, se extendieron hasta la puerta del Cármen, y llevados de igual ardor los que de ellos guardaban la paralela del centro, acometieron por la izquierda, se hicieron dueños del convento de trinitarios descalzos, y ya avanzaban á la Misericordia cuando se vieron abrasados con el fuego de dos cañones, y el daño que recibian de calles y casas. Los nuestros persiguiéndolos hicieron una salida, y hasta se metieron en el convento

de trinitarios, que fuera otra vez suyo sin el pronto socorro que trajo á los contrarios el general Morlot. Murieron de los franceses 800 hombres, en cuyo número se contaron varios oficiales de ingenieros.

Pero de esta clase tuvieron los españoles que llorar al siguiente dia la dolorosa pérdida del comandante Don Antonio San Genis, que fué muerto en la batería llamada Palafox al tiempo que desde ella obserbava los movimientos del enemigo. Tenia cuarenta y tres años de edad, y amábanle todos por ser oficial valiente, experimentado y entendido. Y aunque de condicion afable, era tal su entereza, que desde el primer sitio habia dicho: „No se me llame á consejo si se trata de capitular, porque nunca será mi opinion que no podamos defendernos.”

El bombardeo mientras tanto continuaba sus estragos, siendo mayores los de la epidemia, de que ya morian 350 personas por dia, y los hubo en que fallecieron 500. Faltaban los medicamentos, estaban henchidos de enfermos los hospitales, costaba una gallina cinco pesos fuertes, carecíase de carne y de casi toda legumbre. Ni habia tiempo ni espacio para sepultar los muertos, cuyos cadáveres hacinados delante de las iglesias, esparcidos á veces y desgarrados por las bombas, ofrecian á la vista espantoso y lamentable espectáculo. Confiado el mariscal Lannes de que en tal aprieto se darian á partido los españoles, sobre todo si eran noticiosos de lo que en otras partes ocurría, envió un parlamento

Muerto de San Genis.

Estragos y bombardeo de epidemia.

Intimacion de Lannes.

comunicando los desastres de nuestros ejércitos y la retirada de los ingleses. Mas en balde: los zaragozanos nada escucharon; en vez de amilanarse crecía su valor al par de los apuros. Su caudillo, firme como ellos, repetía: „defenderé hasta la última ma tapia.”

Dicho de Palafox.

Los franceses entónces yendo adelante en sus embestidas, inútilmente quisieron el 28 y 29 apoderarse por su derecha de los conventos de San Agustín y Santa Mónica. Tampoco pudieron vencer el obstáculo de una casa intermedia que les quedaba para penetrar en la calle de la Puerta quemada. Lo mismo les sucedió con una manzana contigua á Santa Engracia, empezando entónces á disputarse con encarnizamiento la posesion de cada casa, y de cada piso, y de cada cuarto.

Resistencia en casas y edificios.

Minas de los franceses.

Siendo muy mortífero para los franceses este desconocido linage de defensa, resolvieron no acometer á pecho descubierto, y emprendieron por medio de minas una guerra terrible y escondida. Aunque en ella les daban su saber y recursos grandes ventajas, no por eso se abatieron los sitiados; y sosteniéndose entre las ruinas y derribos que causaban las minas enemigas, no solo procuraban conservar aquellos escombros, sino que tambien querian recuperar los perdidos. Intentáronlo aunque en vano con el convento de Trinitarios descalzos. La lid fué porfiada y sangrienta; quedó herido el general frances Rostoland y muertos muchos de sus oficiales. Nuestros paisanos y soldados abalanzábanse

al peligro como fieras. Y sacerdotes piadosos y atrevidos no cesaban de animarlos con sus lenguas y dar consuelos religiosos á los que caian heridos de muerte, siendo á veces ellos mismos víctima de su fervor. Augusto entónces y grandioso ministerio, que al paso que desempeñaba sus propias y sagradas obligaciones, cumplía tambien con las que en tales casos y sin excepcion exige la patria de sus hijos.

Patriotismo y fervor de algunos eclesiásticos.

A fuerza de empeño y trabajos, y valiéndose siempre de sus minas, se apoderaron los franceses el 1.º de febrero de San Agustín y Santa Mónica, y esperaron penetrar hasta el Coso por la calle de la Puerta quemada: empresa la última que se les malogró con pérdida de 200 hombres. Dolorosa fué tambien para ellos la toma en aquel dia de algunas casas en la calle de Santa Engracia, cayendo a través de una bala por las sienes el general Lacoste, célebre ya en otros nombrados sitios. Sucedióle Mr. Rogniat, herido igualmente en el siguiente dia.

Muerte del general Lacoste.

Aunque despacio, y por decirlo así, á palmos, avanzaba el enemigo por los tres puntos principales de su ataque que acabamos de mencionar. Mas como le costaba tanta sangre, excitáronse murmuraciones y quejas en su ejército, las cuales estimularon al mariscal Lannes á avivar la conclusion de tan fatal sitio, acometiendo el arrabal.

Murmuraciones del ejército frances.

Seguia en aquella parte el general Gazan, habiéndose limitado hasta entónces á conservar rigo-

Embustida del arrabal.

roso bloqueo. Ahora segun lo dispuesto por Lannes, emprendió los trabajos de sitio. El 7 de febrero embistieron ya sus soldados el convento de franciscanos de Jesus á la derecha del camino de Barcelona. Tomáronle despues de tres horas de fuego, arrojando de dentro á 200 hombres que le guarnecian; y no pudiendo ir mas adelante por la resistencia que los nuestros les opusieron, paráronse allí y se atrincheraron.

Los progresos del enemigo en la ciudad.

Trató Lannes al mismo tiempo de que se diesen la mano con este ataque los de la ciudad, y puso su particular conato en que el de la derecha de San José se extendiese por la universidad y puerta del Sol hasta salir al pretil del rio. Tampoco descuidó el del centro, en donde los sitiados defendieron con tal tenacidad unas barracas que habia junto á las ruinas del hospital, que segun la expresion de uno de los gefes enemigos „era menester matarlos para „vencerlos.” Allí el sitiador, ayudado de los sótanos del hospital, atravesó la calle de Santa Engracia por medio de una galería, y con la explosion de un hornillo se hizo dueño del convento de S. Francisco: hasta que subiendo por la noche al campanario el coronel español Fleury acompañado de paisanos, agujerearon juntos la bóveda y causaron tal daño á los franceses desde aquella altura, que huyeron estos recobrando despues á duras penas el terreno perdido.

Nuevas muraciones del ejército francés.

Los combates de todos lados eran continuos, y aunque los sostenian por nuestra parte hombres fla-

cos y macilentos, enseñábanse tanto, que creciendo las quejas del soldado enemigo, exclamaba: „Que se „aguardasen refuerzos, si no se queria que aquellas „malhadadas ruinas fuesen su sepulcro.”

Urgia pues á Lannes acabar sitio tan extraño y porfiado. El 18 de febrero volvió á seguirse el ataque del arrabal; y con horroroso fuego, al paso que de un lado se derribaban frágiles casas, flanqueábase del otro el puente del Ebro para estorbar todo socorro, pereciendo al querer intentarlo el baron de Versages. A las dos de la tarde abierta brecha, penetraron los franceses en el convento de mercenarios llamado de San Lázaro. Fundacion del rey Don Jaime el Conquistador y edificio grandioso, fué defendido con el mayor valor; y en su escalera de construccion magnífica anduvo la lucha muy reñida: perecieron casi todos los que le guarnecian. Ocupado el convento por los franceses, quedó á los demas soldados del arrabal cortada la retirada. Imposible fué, excepto á unos curantos, repasar el puente, siendo tan tremendo el fuego del enemigo que no parecia sino que á manera de las del Janto, se habian incendiado las aguas del Ebro. En tamaño aprieto echaron los mas de los nuestros por la orilla del rio, capitaneándolos el comandante de guardias españolas Manso; pero perseguidos por la caballería francesa, enfermos, fatigados y sin municiones, tuvieron que rendirse. Con el arrabal perdieron los españoles entre muertos, heridos y prisioneros 2000 hombres.

Toma del arrabal.



Furioso ataque que los franceses preparan.

Dueños así los franceses de la orilla izquierda del Ebro, colocaron en batería 50 piezas, con cuyo fuego empezaron á arruinar las casas situadas al otro lado en el pretil del rio. Ganaban tambien terreno dentro de la ciudad, extendiéndose por la derecha del Coso; y ocupado el convento de Trinitarios calzados se adelantaron á la calle del Sepulcro, procurando de este modo concertar diversos ataques. En tal estado, meditando dar un golpe decisivo, habian formado seis galerías de mina que atravesaban el Coso; y cargando cada uno de los hornillos con 3000 libras de pólvora, confiaban en que su explosion causando terrible espanto en los zaragozanos, los obligaria á rendirse.

Deplorable estado de la ciudad.

No necesitaron los franceses acudir á medio tan violento. Ménos eran de 4000 los hombres que en la ciudad podian sustentar las armas, 14.000 estaban postrados en cama, muchos convalecientes, y los demas habian perecido al rigor de la epidemia y de la guerra. Desvaneciáanse las esperanzas de socorro; y el mismo general Don José de Palafox, acometido de la enfermedad reinante, tuvo que transmitir sus facultades á una junta que se instaló en la noche del 18 al 19 de febrero. Componiase esta de treinta y cuatro individuos, siendo su presidente Don Pedro María Ric, regente de la audiencia. Rodeada de dificultades convocó la nueva autoridad á los principales gefes militares, quienes trazando un tristísimo cuadro de los medios que quedaban de defensa, inclinaron los ánimos á capitular. Discutióse,

Enfermedad de Palafox.

no obstante, largamente la materia; mas pasando á votacion, hubo de los vocales 26 que estuvieron por la rendicion, y solo ocho, entre ellos Ric, se mantuvieron firmes en la negatiga. En virtud de la decision de la mayoría, envióse al cuartel general enemigo un parlamento, á nombre de Palafox, aceptando con alguna variacion las ofertas que el mariscal Lannes habia hecho dias ántes; pero este por tardía desechó con indignacion la propuesta.

La junta entónces pidió por sí misma suspension de hostilidades. Aceptó el mariscal frances con expresa condicion de que dentro de dos horas se le presentasen sus comisionados á tratar de la capitulacion. En el pueblo y entre los militares habia un partido numeroso que reciamente se oponia á ella, por lo cual hubo de usarse de precauciones.

Propone la junta capitular.

Fué nombrado para ir al cuartel general frances Don Pedro María Ric con otros vocales. Recibiólos aquel mariscal con desden y aun desprecio, censurando agriamente y con irritacion la conducta de la ciudad por no haber escuchado primero sus proposiciones. Amansado algun tanto con prudentes palabras de los comisionados, añadió Lannes, „respetaránse las mugeres y los niños, con lo que queda el asunto concluido.“ „Ni aun empezado, replicó prontamente mas con serenidad y firmeza Don Pedro Ric; eso seria entregarnos sin condicion á merced del enemigo, y en tal caso continuará Zaragoza defendiéndose, pues aun tiene armas, municiones, y sobre todo puños.“

Conferencia con Lannes.

Capitulacion.

No queriendo sin duda al mariscal Lannes compelir á despecho ánimos tan altivos, reportóse aun mas, y comenzó á dictar la capitulacion. En vano se esforzó Don Pedro Ric por alterar alguna de sus cláusulas ó introducir otras nuevas. Fueron desatendidas las mas de sus reclamaciones. Sin embargo, instando para que por un artículo expreso se permitiese á Don José de Palafox ir á donde tuviese por conveniente, replicó Lannes que nunca un individuo podia ser objeto de una capitulacion; pero añadió que empeñaba su palabra de honor de dejar á aquel general entera libertad, así como á todo el que quisiese salir de Zaragoza. Estos pormenores, que es necesario no echar en olvido, han sido publicados en una relacion impresa por el mismo Don Pedro María Ric, de cuya boca tambien nosotros se los hemos oido repetidas veces, mereciendo su dicho entera fe, como de magistrado varaz y respetable.

Palabra que da Lannes.

Firma la junta la capitulacion.

Quebrántase por los franceses horrosamente.

La junta admitió y firmó el 20 la capitulacion, airándose Lannes de que pidiese nuevas aclaraciones; mas de nada sirvió ni aun lo estipulado. En aquella misma noche la soldadesca francesa saqueó y robó; y si bien pudieran atribuirse tales excesos á la dificultad de contener al soldado despues de tan penoso sitio, no admite igual excusa el quebrantamiento de otros articulos, ni la falta de cumplimiento de la palabra empeñada de dejar ir libre á Don José de Palafox. Moribundo sacáronle de Zaragoza, á donde tuvieron que volverle por el estado

de postracion en que se hallaba. Apénas restablecido llevóronle á Francia, y encerrado en Vincennes padeció hasta en 1814 durísimo cautiverio.

Maltrato dado á Palafox.

Fueron aun mas allá los enemigos en sus demandas y crueldades. Despojaron á muchos prisioneros, mataron á otros y maltrataron á casi todos. Tres dias despues de la capitulacion á la una de la noche llamaron de un cuarto inmediato al de Palafox donde siempre dormia, á su antiguo maestro el padre Don Basilio Boggiero, y al salir se encontró con el alcalde mayor Solanilla, un capitán frances y un destacamento de granaderos que le sacaron fuera sin decirle á donde le llevaban. Tomaron al paso al capellan Don Santiago Sas que se habia distinguido en el segundo sitio tanto como en el anterior, despidieron á Solanilla, y solos los franceses marcharon con los dos presos al puente de Piedra. Allí matáronlos á bayonetazos, arrojando sus cadáveres al rio. Hirieron primero á Sas, y no se oyó de su boca como tampoco de la de Boggiero otra voz que la de animarse recíprocamente á muerte tan bárbara é impensada. Contólo así despues y repetidas veces el capitán frances encargado de su ejecucion, añadiendo que el mariscal Lannes le habia ordenado los matase sin hacer ruido. ¡Atrocidad inaudita! A tal punto el vencedor atropelló en Zaragoza las leyes de la guerra y los derechos sagrados de la humanidad.

Muerte de prisioneros de Boggiero y Sas.

La capitulacion se publicó en la gaceta de Madrid de 28 de febrero, nunca en los papeles france.

(1 Ap. n. 5.)